

## **Dificultades en el aprendizaje. Pulsión de saber — Pasión de la ignorancia**

Graziella Baravalle

En el transcurso de este año se dio la coincidencia de que recibí varias demandas de análisis en las que había un elemento común: *la dificultad para aprender*. Estas demandas por los demás, provenían de personas de diversas edades y he escogido tres: un niño de ocho años, un adolescente de dieciséis años y una mujer joven, para hablarles de este tema.

El niño es enviado por indicación de su maestra, que conoce el psicoanálisis y que se da cuenta de que algo no anda bien. La adolescente demanda por sí misma, porque se mueve en un ambiente que le permite conocer la existencia y la posibilidad del psicoanálisis. La joven mujer me es derivada por su anterior psicoanalista.

La demanda fundamental respecto del niño es que no puede aprender a leer: la adolescente tiene otros síntomas graves, pero señala como muy importante su imposibilidad de estudiar y concentrarse, ya que está cursando el bachillerato.

Para la mujer su imposibilidad de estudiar es muy invalidante, puesto que le impide acceder a una profesión que desea ejercer desde hace tiempo.

Ya habrán advertido que si escojo personas de diversas edades con una dificultad en común (que puede ser inhibición o síntoma según el caso), es porque voy a señalar semejanzas entre estos analizantes, aunque es evidente que podrían plantearse las diferencias relativas al caso por caso, a la situación transferencial y muchas veces la diferencia de edades. Quedarán planteadas también cuestiones que sólo señalaré y que se podrán considerar a lo largo de estas jornadas a través del coloquio.

Pude ver al niño durante unos pocos meses, pero ya en el primer mes empezó a manifestar mejorías en su capacidad para distinguir y *separar* las sílabas. Era un niño muy inteligente, simpático y afectivo y tenía muchas ganas de trabajar. Le gustaba mucho dibujar y contarme historias sobre los personajes que dibujaba. En sus dibujos predominaban las formas fálicas y la preocupación por los lugares que ocupaban los distintos miembros de su familia.

No sólo le gustaba mucho dibujar, sino también pintar con colores vivos y le daba mucho placer hacer pinturas bonitas. Cuando se tuvo que despedir de mí, porque los padres decidieron que ya podría aprender a leer con una maestra particular, hizo y pintó un hermoso dibujo como regalo de despedida y añadió que quería dedicar la sesión a hacer el dibujo para no llorar.

Voy a referirme ahora brevemente a algunas ideas planteadas por Freud respecto de la capacidad y deseo de aprender en los seres humanos.

Una característica muy importante de la sexualidad infantil y *extraordinariamente importante* desde el punto de vista de la sintomatología de las neurosis, es la *curiosidad sexual infantil* o *investigación sexual* en los niños. Freud escribe esto en sus *Lecciones introductorias al psicoanálisis* de 1916 y les hago notar que en este texto insiste en su «extraordinaria importancia para el desarrollo de las neurosis». Freud también ha trabajado este aspecto en el caso Dora, en el caso Juanito, en el del Hombre de los Lobos, en sus *Tres ensayos para una teoría sexual* y en *Teorías sexuales in-*

*fantiles*, así como en *Un recuerdo Infantil de Leonardo de Vinci*. De modo que es evidente la importancia que le otorga.

Freud llama a esta necesidad de investigación sexual *Wissentrieb*, que se traduciría literalmente por *pulsión de saber*, aunque sería más correcto llamarla anhelo o deseo de saber, por lo siguiente:

Este deseo de saber aparece cuando la vida sexual del niño se intensifica, entre los 3 y 5 años (estas edades son aproximativas). Junto con la sexualidad aparece esta necesidad de investigación, que según Freud (y por eso digo que no puede llamársele «pulsión» con exactitud) no puede contarse entre los componentes pulsionales elementales, ni colocarse exclusivamente bajo el dominio de la sexualidad.

Su actividad corresponde a una prehensión sublimada y funciona con la energía del placer de *contemplación (la pulsión escópica)*.

*Este deseo de saber es atraído y quizás despertado por los problemas sexuales en edad sorprendentemente temprana y lo que la pone en marcha son intereses prácticos del niño. ¿Y cuáles son estos intereses? Nada menos que la amenaza a sus condiciones de existencia –disminución o desaparición de los cuidados de su madre– (significante del deseo de la madre) por la aparición, por ejemplo, de un nuevo niño. Esto le hace meditar acerca del enigma del nacimiento.*

Por lo tanto, el primer problema que el niño se plantea, dice Freud, *no es el problema de la diferencia de sexos*, ya que está en la etapa en que cree en la premisa universal del pene, sino el *enigma de la producción de los niños*.

Para el niño es natural la suposición de que todas las personas que conoce poseen un órgano genital masculino.

De esta época son pues las diversas teorías sexuales infantiles, es como por ejemplo la creencia de que los niños salen del pecho (ejemplificada en la Biblia), o cortando el cuerpo de la mujer (como en el cuento de Caperucita Roja) o por el intestino (ecuación heces-niño) después de haber comido algo especial.

Otra teoría sexual infantil de esta época es la del coito sádico.

En general, puede decirse que las teorías sexuales infantiles constituyen un conjunto imaginarlo a partir de las propias posibilidades sexuales del niño, pero a pesar de sus notables errores, muestran más inteligencia de los procesos sexuales que el cuento de la cigüeña con el que a veces se los quiere tranquilizar.

Pero como el pequeño desconoce elementos como el papel fecundante del semen y la existencia de la vagina, los intentos de investigación de esta edad infantil no obtienen resultados y terminan en una renuncia.

Este abandono de la investigación sexual puede seguir diversos caminos:

- Una parte de esta energía queda orientada hacia fines directamente sexuales.
- Otra parte puede ser sublimada, pasando de un ansia de *saber sexual* acerca de un objeto sexual, a un deseo de saber más general y desexualizado en su fin, como lo demuestra Freud

en su texto sobre Leonardo de Vinci, respecto de las investigaciones que hacía el pintor sobre el cuerpo humano.

- O bien sublimada en una actividad artística, como el gusto por los colores y por la pintura del niño de que hoy les hablo.
- Pero también las salidas pueden ser sintomáticas y se produce entonces un abandono total del deseo de aprender a causa de la represión, lo cual se puede manifestar como una dificultad o como una imposibilidad de aprender por la gran erotización de la tarea, como vemos frecuentemente en los casos de neurosis obsesiva, o por la intromisión de fantasías eróticas, conscientes o inconscientes que impiden la concentración.

Esta curiosidad sexual, que toma su energía de la pulsión escópica, (deseo de ver el cuerpo desnudo de la madre) cuando se transforma en deseo de saber es un ejemplo claro de sublimación de la pulsión, que no excluye las otras salidas.

Y así, en tanto sublimación, tiene especial importancia en el *período de latencia*, pues es en este tiempo cuando se produce la educación del niño y la disolución del complejo de Edipo. Pero la sexualidad no desaparece en la latencia necesariamente. Por otro lado, la latencia puede durar, según los casos, muchísimos años. En su libro *La neurosis infantil del psicoanálisis* G. Pommier se refiere a una analizante de 40 años como a alguien que aún no ha abandonado el período de latencia.

Este período es en realidad el que separa la sexualidad infantil, que Freud determinó como «perversa polimorfa», y la sexualidad adulta en el sentido de posterior a la disolución del complejo de Edipo.

¿Cómo se producen estas perturbaciones e inhibiciones de una función del yo tal como es el aprendizaje?

Freud explica este mecanismo recurriendo a la expresión «camino de influjo recíproco».

Dado que el deseo de saber se apoya en la pulsión escópica, que es sexual, no es raro que la concentración en un trabajo intelectual produzca una excitación sexual (aquí el vocablo «ver» se toma tanto en el sentido literal como en el metafórico de «comprender»; y no olvidemos el sentido bíblico de la palabra «conocer»).

Esto es lo que le sucede por ejemplo a la mujer que no puede estudiar pues, después de un tiempo de estudio, le sobreviene una gran excitación que la obliga a masturbarse.

Excitación que, por otra parte, es seguramente la causa de muchos desarreglos emocionales que se atribuyen al exceso de trabajo intelectual o «surménage».

Este mecanismo del influjo recíproco, que Freud refiere a las huellas mnémicas, tiene que ver con la doble función, por así decirlo, de la zona erógena. Es decir, con la necesidad y el deseo.

Si, por ejemplo, la dualidad de funciones de la zona labial es el fundamento de que en la alimentación se produzca simultáneamente una excitación sexual, por el mismo mecanismo podemos llegar a comprender las perturbaciones de la función alimenticia, cuando la función erógena de la zona común está perturbada.

Igualmente, sabiendo que la concentración de la atención puede hacer surgir una excitación sexual, podemos llegar a la hipótesis de que una fuerza en sentido opuesto, o sea sexual, puede influir en la disponibilidad de la atención.

La mujer joven que no puede estudiar padece de la intromisión permanente de fantasías sexuales fugaces.

La adolescente, que además padece períodos de anorexia, manifiesta esta imposibilidad de concentración como un estado de torpeza o estupor, que desaparece cuando abandona el libro y se dedica a alguna otra actividad.

No puede avanzar más en las implicaciones de estos síntomas porque se trata de personas que hace poco tiempo que están en análisis, y además tienen grandes dificultades para hablar. El niño, como les dije, a los primeros esbozos de mejoría fue retirado del análisis por sus padres.

Quiero referirme, en cambio, a un aspecto teórico que está relacionado con esta problemática. Jacques Lacan, en su Seminario II y en general cuando se refiere al yo (moi) como función de desconocimiento (teniendo en cuenta que se trata de su polémica con la «psicología del yo»), dice que el sujeto no quiere saber; que lo que hay es la pasión de la ignorancia, junto con las pasiones del amor y del odio.

Vemos, pues, que Freud sostiene con insistencia a lo largo de su obra la existencia de un *deseo de saber* y que Lacan nos habla de la pasión de la ignorancia<sup>1</sup>.

En mi opinión sería un error ver aquí una oposición contraria.

Con exactitud, como dije, la «pulsión» de saber no existe. Existe un impulso complejo, que se apoya en la pulsión escópica y que Freud llamó «*Wissentrieb*» pero que es mejor llamar «deseo» de saber.

Este deseo de saber se manifiesta en una actividad voluntaria. El niño, a partir del placer de ver y de que le vean los genitales, hace los recorridos mentales, o sea de pensamiento, necesarios para averiguar cómo nacen los niños. Es su primera actividad solitaria e independiente de los padres. También cuando sea adulto siguiendo el mismo mecanismo emprenderá otro tipo de investigaciones.

La *pasión* es una palabra que deriva del verbo latino *patior* y del griego *πάσχειν*, que son verbos defectivos, en pasiva, denota una pasividad, algo se padece, y pertenece al dominio de lo inconsciente. Tenemos un ejemplo muy claro en la leyenda de Edipo, que nos viene muy bien aquí ya que es el complejo nodular de toda neurosis.

Edipo quiere saber el origen de la peste que está asolando su ciudad y hace todas las averiguaciones para conseguirlo, padeciendo la ignorancia hasta que se le impone una verdad insoportable y en su pasión por no ver, se arranca los ojos, creyendo que se castiga.

En el niño, el deseo de saber se refiere a la reproducción, al origen de los niños, ante la sospecha de que la madre pudiera abandonarlo. No se trata de la diferencia de los sexos, o sea, de la castración. Pero eso es lo que aparece en el camino de su búsqueda. La pasión de la ignorancia se refiere a la castración. Lo que el hombre de los lobos *ve* en la escena primaria a *tergo* es la castración de la madre, y por tanto la posibilidad de su propia castración.

El deseo de saber retrocede y la respuesta al deseo del Otro es el fantasma.

Freud pues introduce este término de *Wissentrieb* para dar cuenta de la solución que quiere encontrar el sujeto al enigma edípico. A pesar de que en *Las pulsiones y sus destinos* invita a la prudencia en cuanto a multiplicar los nombres de las pulsiones, mantiene sin embargo la relación de la pulsión con el saber y con el pensamiento (lo llama *Denkarbeit*).

El *Wissentrieb* es una respuesta a la castración por el lado del saber que como bien dice M. Sylvestre, puede situarse como un modo de aproximación del sujeto al significante.

El Otro, respecto de lo sexual, no da respuesta, no tiene palabras para el sujeto que, sin embargo, le supone un saber sobre su deseo.

El juego entre la búsqueda de saber y su negación representan la duda y el retroceso del sujeto que en un determinado punto, prefiere ignorar y no reconocer que en el Otro no se encuentra el significante último que asegura su verdad.

¿Qué hacemos en el análisis cuando acompañamos a los analizantes en la construcción y atravesamiento del fantasma sino despertar nuevamente esa curiosidad sexual, esas teorías sexuales infantiles y avanzar con ellos hasta la escena primordial, para que en lugar de arrancarse los ojos como Edipo, buscando la verdad donde no estaba, puedan reconocer sin desfallecer la nada y por tanto el horror que anida en el objeto?<sup>2</sup>

## Notas

---

1. Sin embargo, Lacan en un seminario posterior inédito «D'un Autre à l'autre», en el seminario del 23 de abril de 1969, se refiere al surgimiento del deseo, como deseo (de saber) «El punto de origen, estructural, cuando se trata de comprender el inconsciente, es que es en ese punto nodal de un saber desfalleciente, donde nace bajo la forma de ... deseo (de saber)». A partir de
2. aquí Lacan explica la subversión producida por el descubrimiento freudiano. La paradoja del acto analítico es que se presenta como incitación al saber, pero lleva a poner la Verdad en ese lugar.